

EL VOTO MONÁSTICO DE ESTABILIDAD

La sociedad moderna, con su turismo, su agitación, su sentido del desarrollo, mira y con razón, la estabilidad tradicional de un monje como un rasgo muy típico de su vocación. El monje por su parte, reconoce también que, si abraza una vida de conversión y obediencia en imitación de Cristo, debe abrazarla “hasta la muerte”, en pos de su Señor. La estabilidad monástica no es otra cosa que la perseverancia en esta conversión y en esta obediencia. Para poder penetrar en la verdadera razón de ser de tal estabilidad, miraremos primero su aspecto más bien jurídico, basándonos en la *Regla* de san Benito, para considerar después su sentido doctrinal, ascético y eclesial.

1. La estabilidad benedictina

Se ha dicho que el voto de estabilidad es la adición más original de san Benito al concepto tradicional de la vida monástica. Hoy día, sin embargo, un conocimiento más completo de la tradición muestra que la virtud de la estabilidad fue siempre considerada de gran importancia para la vida monástica. Por otra parte, vemos que el capítulo 58 de la *Regla* de san Benito, al describir la ceremonia de la profesión, no nos da la fórmula misma que leía el novicio. Los tres puntos, la estabilidad, la conversión de vida y la obediencia, parecen ser nombrados no tanto como votos distintos, sino como tres aspectos importantes de su nueva vida, que ya conocía muy bien por su lectura de la *Regla*.

“El que va a ser admitido prometa en el oratorio en presencia de todos, su estabilidad, la conversión de vida y obediencia ante Dios y sus santos”²⁷.

El mérito especial de san Benito consiste en haber subrayado la importancia de la estabilidad monacal en la misma ceremonia de la profesión y de haberla relacionado con la vida de la comunidad de hermanos. En efecto, según este mismo capítulo de la *Regla*, el resultado principal de la profesión es “ser admitido en la comunidad” (“suscipiat in congregatione... in congregatione reputetur”) vv. 14 y 23. Es el significado del beso de paz que tiene lugar inmediatamente después de la emisión de los votos: “póstrase entonces el hermano novicio a los pies de cada uno para que oren por él. Y ya desde aquel día considéresele como a uno de la comunidad” (v. 23).

Que esta pertenencia a la comunidad tiene un fin ascético, e incluso místico, es evidente en el último versículo del Prólogo de la *Regla* (v. 50): “No apartándonos jamás de la enseñanza de Dios perseverando en su doctrina hasta la muerte en el monasterio, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, y merezcamos también acompañarle en su Reino”.

Los capítulos 4 a 7 de la *Regla* proponen los elementos principales de esta doctrina divina en la que el monje debe perseverar. Al final del capítulo 4, sobre las buenas obras, san Benito indica otra vez el fin último de la estabilidad (vv. 76 y 77): “lo que Dios tiene preparado para los que

²⁷ RB 58, vv. 17-18a. Para comentarios sobre este texto y sobre la estabilidad monástica en general, ver B. STEIDLE, “Das Versprechen der ‘Beständigkeit’ das ‘Tugendwandels’ und des ‘Gehorsams’ in der Regel St. Benedicts”, en *Erbe und Auftrag*, 36 (1960) pp. 105-122; trad. castellana en *Cuadernos Monásticos* 3 (1967) pp. 13-49. También C. PEIFER, *Monastic Spirituality* (New York, Sheed & Ward, 1966) pp. 293-303; O. M. CUNILL, en *San Benito, su vida y su Regla* - (Madrid, BAC 115, 1954) pp. 617-619; J. MCMURRAY, “Monastic Stability”, en *Cistercian Studies* (1966) pp. 209-224; H. G. SORTAIS, *Les choses qui plaisent a Dieu* (Bregolles, Bellefontaine, 1967) pp. 199-250.

le aman”. Y distingue claramente la estabilidad de la clausura (v. 78): “La oficina donde hemos de Practicar con diligencia todas estas cosas, es el recinto del monasterio, guardando la estabilidad en la comunidad”. Esta última cita es muy importante. Según san Benito la permanencia dentro de la clausura del monasterio es algo distinto de la estabilidad. Aquélla se refiere a la separación física del mundo y pertenece más bien a la conversión de vida, mientras que *la estabilidad benedictina se refiere al ser miembro permanente del grupo de personas que viven dentro de esa clausura. La estabilidad es algo personal*. Es comunión interpersonal o mejor dicho, es la perseverancia en esta comunión, es decir, en el dinamismo de renuncia y de conversión al amor de Cristo que constituye el corazón de la comunidad monástica.

San Benito elige así una de las varias maneras de vivir la estabilidad monástica, que ha existido en el curso de la historia:

a) estabilidad en la celda. En el sentido primitivo de la estabilidad monástica, un remedio y un arma contra la tentación de viajar o de visitar la celda de un hermano. Es el enfoque de Casiano en sus *Instituciones*.

b) estabilidad bajo un abad, el cual pudiera tener varias casas bajo su jurisdicción. Es el caso de Cluny, en los siglos XI y XII y de las congregaciones benedictinas que han observado una estabilidad a la Congregación o a la Provincia. Un monje pudiera observar su voto de estabilidad en casa de la Congregación. Es una interpretación bastante amplia.

c) estabilidad “en la columna”. Quedarse para siempre en un mismo monasterio, sin ir a otra casa bajo ningún pretexto. La posición extrema de esta interpretación ha sido llevada a cabo tan sólo por algunos ermitaños que se encadenaron a murallas de su cueva o se encerraron en una pieza hasta la muerte. También por algunos monjes de Siria, que pasaban toda la vida encima de una columna. ¡Es una vocación muy excepcional!

d) estabilidad de viajero. En algunas congregaciones monásticas, uno es miembro de una comunidad determinada para toda la vida, pero en la práctica viaja a otros lugares y vive temporalmente en otros monasterios.

e) estabilidad en la comunidad. Es la interpretación de san Benito: vivir en la comunidad de su profesión toda la vida, hasta la muerte, sin viajar fuera del monasterio a no ser en un caso excepcional. No mudarse a otro monasterio sin razón muy especial, por ejemplo una fundación, el mandato del superior, la salud física o espiritual. Esta parece haber sido la mentalidad de san Pacomio en el siglo IV. Es la interpretación de los cistercienses y de muchas congregaciones benedictinas²⁸.

La infidelidad al aspecto jurídico y exterior de la estabilidad benedictina consiste, entonces no tanto en las salidas de la clausura, sino en la huida a otro monasterio o el paso a la vida laical, con la intención de no volver a la propia comunidad. Si el propósito es de volver, la infidelidad sería contra la regla de clausura y la promesa de conversión. Por supuesto, sería contra el *espíritu* de estabilidad. Este espíritu constituye la parte más importante del voto, su razón de ser.

2. La estabilidad monástica según las fuentes

Una breve mirada a la tradición monacal nos ayudará a captar el significado de este voto y su profundo sentido espiritual.

²⁸ Para más detalles, ver el capítulo sobre la estabilidad de A. ROBERTS, *Hacia Cristo* (Azul - Victoria), 1970. El presente artículo es un extracto de aquel capítulo.

Entre los *Padres del desierto*, había casos de monjes peregrinos que andaban de aquí para allá, imitando literalmente la descripción de los héroes del Antiguo Testamento en la carta a los *Hebreos*: 11,37-38:

“Anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, atribulados, maltratados; aquellos de quienes no era digno el mundo, perdidos por los desiertos y las montañas, refugiándose en cuevas y cavernas”.

Un ejemplo de este peregrinar lo tenemos en el Abad Besarión. Pero en muchos otros casos, los padres dieron gran importancia al *permanecer en la celda*:

“Quédate en tu celda y tu celda te lo enseñará todo”.

“Así como un árbol no puede dar fruto cuando se lo trasplanta a menudo, tampoco un monje puede dar fruto si cambia con frecuencia su morada”.

“Cuando un hombre mora en un lugar y no produce los frutos de ese lugar, el lugar mismo le echa afuera como a uno que no ha dado sus frutos”.

Vale la pena meditar sobre estos dichos. Una enseñanza parecida la encontramos en el hincapié puesto por los monjes budistas Zen en el quedarse sentado durante la meditación. El monje inquieto cree que debe cambiar de lugar para llevar una vida más perfecta y para ser más perfecto él mismo. Pero realmente no hace otra cosa que justificar su falta de fecundidad en la comunidad un que está. No ha dado su fruto y cree que debe ir a otro lugar, pero, es el monasterio mismo el que obra sobre él para “echarlo afuera”. La situación es peligrosa... Pudiera perder su vocación e incluso todo su sentido religioso. El remedio no está en irse a otro lugar, sino en tratar de llegar a ser fervoroso y sacrificado en el lugar donde se encuentra. *La verdad básica es que hay una estrecha ligazón entre la fecundidad y la estabilidad.*

«Una vez alguien preguntó al Abad Antonio: “¿Qué debo hacer para agradar a Dios?”. El anciano contestó: “Guarda mis instrucciones y estas palabras: Por dondequiera que vayas guarda el recuerdo de Dios. Cualquier cosa que hagas, cúmplela según el ejemplo de la Santa Escritura. Y dondequiera que mores, no te apures a cambiar de lugar. Si guardas estas reglas quedarás salvo”».

En esta instrucción de san Antonio, no se prohíbe tajantemente un cambio de lugar, pero no se debe mudar a la ligera, sin una razón seria. Este es el sentido de la estabilidad monástica. Es cierto que se puede en teoría, cambiar de monasterio por razones de salud espiritual: ir a otra casa o a otra Orden donde uno podría acercarse más a Dios y alcanzar una unión más elevada con El. Sin embargo, hay que reconocer que *una de las razones principales del voto de estabilidad, es proteger contra la tentación de buscar un bien mayor en otro lugar o en otra comunidad.* La promesa de estabilidad se basa sobre el hecho de que el monje, bajo la apariencia de un bien mayor, puede seguir lo que le hará perder el bien positivo que ya tiene y, al final, perder por entero su vocación religiosa.

Los otros votos tratan de resistir males más o menos evidentes; placer pecaminoso, voluntad propia, una vida mundana y fácil, el amontonar posesiones. La estabilidad se dirige contra la posibilidad de un mal disfrazado como un bien espiritual.

El voto, por sí mismo, le hace imposible al monje, un cambio de comunidad, pero el fin del voto es hacerle caer en la cuenta de que la *estabilidad misma es un bien inmenso* y que en la mayoría de los casos, constituye un bien mucho mayor que el bien que se pudiera conseguir por un cambio a otra comunidad o a otra Orden. Si el monje mantiene la estabilidad, podrá efectuar el gran cambio que sólo tiene importancia: el cambio dentro de sí mismo, la transformación en

Cristo, la plena apertura al Espíritu Santo. Si buscamos un bien en otro lugar, no vamos a trabajar para conseguir el bien que puede ser el nuestro *aquí y ahora*.

El voto de estabilidad significa, de por sí, el renunciar al pensamiento de buscar un bien mayor, aún un bien espiritual mayor, en otra comunidad. Por eso, en tiempos de prueba, cuando viene la tentación de ir a otro lugar o aquellos pensamientos nostálgicos y románticos acerca de un “lugar mejor”, es preciso rechazar estas ideas. La prueba hay que enfrentarla *aquí*. Esto es muy importante. La estabilidad benedictina nos pone en una situación donde tarde o temprano llegamos al corazón de *toda* situación humana: la elección entre la desesperación o la entrega absoluta y total a Dios. La naturaleza humana trata por todos los medios posibles de escaparse de esta elección fundamental. Un cambio de lugar no sirve para nada.

“Los padres decían: si surge alguna tentación, en el lugar donde moras en el desierto, no salgas de allá en la hora de la tentación. Porque si sales en ese momento, vas a encontrar la misma tentación esperándote dondequiera que vayas. Sé paciente hasta que la tentación se vaya para que tu salida no escandalice a los hermanos que viven en el mismo lugar y les sea causa de angustia”.

En este texto, encontramos otra razón importante para la estabilidad: no se trata solamente del bien del mismo monje, sino también del bien de otros. Hay que evitar el escándalo y el mal ejemplo. Cuando un monje o una monja abraza el estado monacal, se compromete, en presencia de toda la comunidad (la Iglesia local) y de todos los hombres (la Iglesia universal), a perseverar en la práctica de la ascesis en un lugar y con una comunidad determinada. Tal compromiso no se puede romper sin razones verdaderamente serias.

Un último dicho de los Padres del Desierto: “El Abad Antonio decía: la humildad es el país a donde el Señor quiere que vayamos para ofrecer nuestro sacrificio”.

Quizás esta “Palabra de Salvación” habría sido la respuesta de Antonio a la pregunta de un monje que quería cambiar su morada para agrandar más al Señor. El anciano antepone la humildad y la conversión a la peregrinación. Ahora bien, es precisamente este enfoque el que san Benito simuló en su *Regla*. El mismo desapego de lo creado, cuyo símbolo e instrumento fue el viajar de un lugar a otro en el desierto, se efectúa mejor, con más seguridad y eficacia, por medio de la perseverancia en un solo lugar, abrazando las observancias monásticas y, sobre todo, la obediencia. Para el monje de san Benito, la obediencia es el mejor modo de peregrinar, es decir; de apoyarse en Dios.

3. La estabilidad monástica según los primeros cistercienses

La naturaleza de la estabilidad monacal se clarifica mucho en los escritos de los primeros cistercienses, quienes aplicaron en el siglo XII la doctrina tradicional en el caso de monjes que querían cambiar de monasterio y abrazar la nueva reforma de los monjes blancos.

San Bernardo prefiere que los monjes benedictinos reformen sus propios monasterios en lugar de abandonarlos para entrar en una casa cisterciense (véase *De Praecepto et Dispensatione*, caps. 16-18, ns. 44-56). Para él, el principio fundamental es el siguiente: “no está permitido relajar la perfección que se ha profesado”. De aquí se deducen tres consecuencias:

- Un cambio de estabilidad es ilícito cuando proviene de una natural inquietud, o cuando se trata de entrar en una casa de observancia relajada.
- Un cambio es *lícito, pero raras veces aconsejable*, cuando se trata de cambiar de un monasterio a otro, aun cuando el segundo sea más austero o de mejor observancia. Y en este caso se precisa el consentimiento del propio Abad, según

lo pide la *Regla* de san Benito.

“No hay seguridad en dejar lo cierto por lo incierto... Muchas veces sucede que lo que queremos con ardor antes de haberlo experimentado nos displace enormemente después que hemos tenido la experiencia de ello” (n. 46).

- Un cambio es *aconsejable*, y aconsejado, cuando se trata de pasar de una casa realmente relajada y mala, donde se recibe mal ejemplo, a un monasterio realmente bueno y observante: “Que pase a otro donde pueda rendir a Dios sin obstáculos los votos que ha pronunciado con sus labios” (n. 44).

Guillermo de Saint-Thierry, en el capítulo 9 del primer libro de su *Carta de Oro*, obra dirigida a novicios, da los principios ascéticos de la estabilidad: No se puede vivir una vida de oración y recogimiento cambiando de monasterio a cada rato. El hombre no puede concentrar las fuerzas de su mente si no arraiga su cuerpo en un lugar fijo. El remedio para las enfermedades del alma no es un cambio de lugar sino un cambio de corazón.

Guillermo subraya un aspecto nuevo e importante de la estabilidad monástica: *La docilidad en la dirección espiritual*. No basta permanecer en un mismo lugar, sino que también es preciso estar bajo la dirección de un médico espiritual. El conocimiento y tratamiento espiritual lleva tiempo. El remedio consiste en la estabilidad, la tranquilidad, la soledad y la obediencia.

El *Beato Guerrico de Igny* desarrolla los mismos temas, al aplicar a la estabilidad la parábola del sembrador (*Lc 8,13*). La Palabra de Dios cae sobre terreno rocoso: al principio se la acepta con alegría, pero la Palabra no crece *por falta de raíces*. De allí la necesidad de la estabilidad para permitir que la vocación divina se arraigue en el corazón, especialmente la vocación contemplativa, la vocación al conocimiento experimental de Dios por el amor:

“Feliz el hombre que mora en la sabiduría (*Si 14,22*). Los soberbios de corazón rechazan la sabiduría cuando la encuentran. Otros, como Salomón, se dejan atraer por los deleites de la carne. Otros, por perderse entre bagatelas o por inconstancia de mente la abandonan al ser ofendidos por la menor dificultad. Creen por un tiempo y, cuando llega la tentación, se vuelven a otra cosa. Pero ¿por qué la abandonan? Porque no han echado raíces con qué apoyarse. Y ¿cómo pueden echar raíces si no moran en un mismo lugar? En efecto, el justo, plantado en la casa del Señor, no puede llegar a estar arraigado y fundado en la caridad si no es por la permanencia y la estabilidad en un mismo lugar” (*1^{er} Sermón de la fiesta de san Benito*; PL 185).

Se muestra así lo *concreto y objetivo* del espíritu monástico: Para un monje, no basta tener buenas intenciones y estar dispuesto a permanecer con los mismos hermanos hasta la muerte. ¡Que la realidad dé prueba de sus disposiciones e intenciones! ¡Que permanezca estable en su propia comunidad! Entonces veremos si está realmente dispuesto a vivir con ellos, o si, por el contrario, no hace más que pronunciar lindas palabras acerca de su amor a los hermanos.

Una vocación monástica genuina, profunda y sólida, no se testifica por el fervor inicial. Comenzar bien es una gracia de Dios, pero ¿cuántos comienzan bien, muy prometedores, sin terminar? La perseverancia es la prueba de una generosidad auténtica que no se marchita con las dificultades, la rutina y la monotonía de la vida de comunidad. Es mucho mejor una espiritualidad aparentemente ordinaria pero que se mantiene en el camino hasta el fin: que no un comienzo brillante, quizás con aplausos, pero que se queda en la mitad del camino.

El Beato Guerrico termina diciendo que muy raras veces aconsejaría un cambio de monasterio, aunque esto pudiera ayudar a algunas personas. En general, cree que el deseo de cambiar viene de la impaciencia, la inquietud y las ilusiones de la imaginación.

4. La base escriturística de la estabilidad monástica

Hemos visto que los escritores monásticos, desde los dichos de los Padres del desierto hasta el Beato Guerrico, se sirven de la imagen de un *árbol fecundo* para mostrar la necesidad de la estabilidad. Así como un árbol o una semilla de trigo no producen frutos si no hunden antes sus raíces en la tierra, así tampoco el monje crecerá en el amor si no echa raíces en su celda (vida eremítica) o en su comunidad (vida cenobítica)

Esta imagen no viene sino de la Biblia:

- El pueblo de Israel es la vid del Señor que no ha producido sus frutos (*Isaías* 5,1-7; *Sal* 79,9-20; *Mt* 21,33-43).
- El justo es como un Árbol con sus raíces en la Ley del Señor (*Sal* 1,3; *Jr* 17,7-8).
- No se aconseja cambiar la morada (*Pr* 27,8; *Si* 29,22-24).
- Todo lo cual lo aplica Cristo a sus discípulos:

“La semilla es la Palabra de Dios... La buena tierra son los que oyen la Palabra de Dios, la retienen en sus corazones bien dispuestos y, *gracias a su perseverancia*, producen frutos” (*Lc* 8,11-15).

“Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el viñador... permanezcan en mí, como Yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no está unido a la vid, *tampoco ustedes, si no permanecen en mí*. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. Quien está unido a mí, y yo a él, da mucho fruto” (*Jn* 15,1-17).

Todo este pasaje representa la cima del espíritu de la estabilidad monástica. El fin único *voto de estabilidad es alcanzar esta estabilidad* en el amor, es decir, la estabilidad en la vivencia de la Palabra de Dios. Y esto es el Reino de Cristo, la razón de ser de una comunidad monacal.

Claro está que para llegar a esta permanencia en el amor de Cristo hay muchos caminos, según la variedad de vocaciones en la Iglesia. Pero, el ligarse para siempre a una comunidad de hermanos y a un determinado lugar material, corresponde a aquella *connaturalidad entre lo material y lo espiritual* que está en el fondo del monaquismo y de cada vocación monástica. El ascetismo monástico sigue un gran principio, según el cual, las prácticas espirituales deben hallar expresión y garantía en el orden exterior: la humildad interior, que en otras personas puede compaginarse con honores externos, debe sensibilizarse para el monje en un estado de vida humilde. De igual modo, las vigiliat nocturnas del monje expresan la vigilancia espiritual a la que está llamado todo cristiano. El ayuno y la abstinencia patentizan la pureza de corazón.

Ahora bien, este principio ascético se aplica también a la estabilidad. Todos están llamados a *permanecer en el amor* de Cristo. La vida cristiana consiste precisamente en esto. Pero el impulso dinámico que constituye el alma del monacato, pide una expresión, un medio y una garantía de esta permanencia espiritual. El alma del monaquismo es realizar desde ya, en cuanto es posible, la vida eterna del cielo y establecer el Reino de Dios en alma y cuerpo. Esto trae aparejado, la necesidad intrínseca de la *estabilidad del cuerpo* que corresponde a la fidelidad en el amor.

Así que, como sucede con los votos de conversión de vida y de obediencia, el voto de estabilidad no hace más que aclarar y explicitar lo que está adentro de la pujanza misma de la vocación monástica: realizar el Reino de Dios, llevar a cabo la Historia de la Salvación. Por medio de su estabilidad corporal, no sólo tiene el monje una mayor garantía de llegar a la permanencia del amor de Cristo, sino que también toda la Iglesia recibe un testimonio palpable

de su propia esencia y vocación: ser fiel esposa de Cristo.

¡Fidelidad! Todo el drama de la Historia Salvífica se resume en el tema de la *fidelidad a la Alianza*. Dios, Yahve, es siempre fiel: “¡es eterna su misericordia!”, pero su Pueblo no se mantiene fiel a su Dios. En todo el Antiguo Testamento, Yahvé busca esta fidelidad, para encontrarla tan sólo en un grupo reducido del Pueblo: el resto de Israel, los pobres de Yahvé, dirigidos y personificados por el misterioso *Servidor del Señor*²⁹.

Por la obra de Cristo unida a la de María, la humanidad se constituye definitivamente *fiel* a su Esposo, el Hijo de Dios³⁰. El cielo será la consumación de esta fidelidad recíproca entre Dios y los hombres. En el *Apocalipsis* 21,1-7, vemos no solamente la recompensa de la estabilidad monacal, sino también su significado, su espíritu y su módulo: la ciudad santa y eterna, fidelidad conyugal, la morada de Dios, la Alianza eterna, Cristo, principio y Fin.

El Concilio Vaticano II nos pinta los rasgos del viaje de la Iglesia hacia esta estabilidad eterna. Pueden aplicarse muy bien a la vida de la estabilidad monástica:

“Al caminar la Iglesia a través de peligros y de tribulaciones, se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió. Y así en la debilidad de la carne no pierde su fidelidad absoluta, sino que persevera siendo digna esposa de su Señor, y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso” (LG 9).

5. El monje y la comunidad

Nuestra promesa de estabilidad nos hace penetrar tan profundamente en el Misterio de la Iglesia, Esposa de Jesucristo, que es necesario aclarar el sentido específicamente monástico y ascético del voto. Algunos escritores modernos han abusado de esta relación entre la Jerusalén celestial y la comunidad monástica al poner sobre el aspecto comunitario, todo el significado de los votos religiosos. El libro del P. Carpentier ofrece esta tendencia³¹. Los votos serían en primer lugar medios para establecer la *perfecta comunidad cristiana*, y sólo secundariamente, medios para santificar la persona del religioso.

Un enfoque tal parece anteponer el arado al buey, dado que el fin de la comunidad religiosa es la santificación de cada uno de sus miembros. La comunidad es *para* las personas que la integran. Así, la estabilidad en la comunidad no es, principalmente, para el perfeccionamiento de la comunidad o para hacerla más estable y ordenada, sino para *arraigar al monje en la búsqueda de Dios y en la realización del designio del Padre*. El amor fraterno y la comunidad cristiana brotan de esta búsqueda y realización personales.

Esta orientación personal está lejos de ser el producto de un egoísmo individualista. Es simplemente la consecuencia de la naturaleza íntima de una vocación al servicio de Dios. Nuestra vocación, se describe en el Prólogo de la Regla de san Benito, es *un diálogo muy personal entre Cristo y monje*. El desarrollo actual de la teología de vocación, confirma este enfoque. Siguiendo el llamado del Señor, el monje se junta a un grupo de hombres, recibe dirección espiritual, buen ejemplo, oraciones y sobre todo, el amor necesario para profundizar su diálogo con Cristo y entrar de lleno en el Reino de Dios. La comunidad está al servicio de sus

²⁹ Ver *Isaías* 49,1-3 y 50,5-7.

³⁰ Es el sentido de la misión del Espíritu Santo: *Jn* 14,16-20; 20,19-23; *Hechos* 2,1-21.

³¹ R. CARPENTIER, *Iniciación a la Vida Religiosa* (Desclée, Bilbao, 1967). Es uno de los mejores libros sobre la profesión religiosa. La misma tendencia se ve en M. SHERIDAN, “Towards a Contemporary Self-definition of Monasticism” en *American Benedictine Review*, 19 (1968) pp. 470-482. Ver A DE VOGÜÉ, “*La Communauté et L’Abbé dans la Règle de Saint Benoît*” (Desclée, Bruges, 1961), *passim*; y J. LECLERCQ, “*Pour une Théologie de la Vie Contemplative*” en *Peut-on être moine aujourd’hui?* (Gemblaux, Paris) 1970. La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, en su doctrina sobre la comunidad humana (p. 1 c. 2, ns. 23-32), debe ser aplicada a la comunidad monástica.

miembros, no precisamente como miembros de un club, sino como *personas amadas de Dios*³².

Dicho esto, es, sin embargo, cierto que los votos en conjunto, y de modo muy especial la estabilidad, tienen una relación estrecha con la comunión de los hermanos. Lo hemos visto en la Regla de san Benito. ¿Cómo hallar un equilibrio entre la dignidad personal y la sociedad en que vivimos? ¿Entre nuestra personalísima vocación a una relación esponsal con Cristo y los deberes sociales de una vida comunitaria?

No con Otro medio que por el don de sí mismo. *Por el amor*. Un amor generoso, humilde y lleno de respeto.

Por eso después de haber hablado sobre la dignidad de la persona humana, la Constitución “Gaudium et Spes”, n° 27, dice:

“Descendiendo a consecuencias prácticas de máxima urgencia, el Concilio inculca el respeto al hombre, de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar al prójimo como *otro yo*, cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente”.

En efecto, ¿cómo podremos amar a Dios si no amamos a los hermanos? La comunidad, de la que cada uno tiene el derecho de recibir dirección, ejemplo, ayuda y amor, no existe en abstracto. Al entrar en la comunidad, y sobre todo al hacer la promesa de estabilidad, tomamos sobre nosotros la responsabilidad de brindar a nuestros hermanos toda la ayuda material y espiritual posible. Y al hacerlo, nos perfeccionamos en primer lugar a nosotros mismos, como personas e hijos de Dios: “Dad y se os dará”.

Podemos llamar al voto de estabilidad: *el compromiso del amor fraterno*. Porque permanecer en el amor de Cristo y dar fruto, significa amar a los hermanos. La comunidad es, para el monje, como un sacramento del Pueblo de Dios en marcha hacia el Cielo. Ahora bien, este pueblo es una *comunión jerárquica*³³. Mientras que la vida de obediencia mira de modo especial, al aspecto jerárquico de la comunidad, la vida de estabilidad nos une directamente con la *comunión*, es decir, con la *koinonía*: el intercambio de bienes materiales y espirituales que toma lugar en la sociedad de los bautizados, en el Cuerpo de Cristo³⁴. Es la vida de la primitiva Iglesia, descrita en los primeros capítulos de los *Hechos*. Esta comunión material y espiritual no es un fin en sí mismo, sino un dinamismo, una actitud, un ambiente que refleja la generosidad de Dios para con sus hijos adoptivos, y, en último término, la entrega del Padre al Hijo en el Espíritu Santo. El fin de tal comunión es desarrollar, lo mejor posible, la vocación personal de cada hermano. ¡Este es el espíritu de estabilidad!

Por lo tanto, cuando san Benito describe la vida de la Comunidad monástica nos indica, al mismo tiempo, el espíritu de la estabilidad:

“Ejerciten los monjes este celo con el más profundo amor... Tolérense con suma paciencia sus flaquezas... Préstense obediencia mutuamente con toda generosidad, nadie busque lo que juzgue útil para sí, sino más bien para los demás. Practiquen la caridad fraterna castamente. Teman a Dios con amor. Amen a su Abad con sincera y humilde caridad. Y nada absolutamente antepongan a Cristo, el cual nos lleve a todos a la vida eterna” (cap. 72).

Es solamente dentro de la estabilidad en este amor fraterno y espontáneo donde va a encontrar el monje la porción de la cruz de Cristo que le puede purificar y santificar:

³² Lucas 6,38.

³³ Constitución Dogmática *Lumen Gentium* n. 22. La relación entre los dos aspectos de la Iglesia no fue desarrollada por el Concilio Vaticano II. El acento debe caer, sin lugar a dudas, sobre *la comunión y la corresponsabilidad*.

³⁴ Ver *ibid.* n. 13.

“Perseverando en la doctrina divina hasta la muerte en el monasterio, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia y, merezcamos así acompañarle en su Reino” (*Prólogo*).

Este texto da el último toque a la doctrina monástica de la estabilidad según san Benito. En los otros pasajes de la Regla que hemos visto, la estabilidad tiene por objeto la incorporación a la “congregatio”, la comunidad como rebaño de Cristo bajo la custodia del Abad, su lugarteniente. Según este último texto, el objeto de la estabilidad o perseverancia es “la doctrina divina”. Pero ¿qué es esta doctrina, sino el amor, el nuevo mandamiento, el *ágape* que Jesús trajo consigo al mundo desde el seno del Padre para comunicarlo a los hombres?³⁵. Incluso para san Benito, la estabilidad es la fidelidad al amor.

6. Conclusión: El valor de la estabilidad

Nuestro breve estudio indica que el voto monástico de estabilidad no es solamente una promesa de perseverancia en el monasterio, sino también y sobre todo, una promesa de *perseverancia en el amor*, en la doctrina de Cristo. Es la fidelidad personal a la Nueva Alianza sellada por la Sangre de Cristo y vivida por *esta* comunidad en *este* lugar. Por lo tanto, todo acto de fidelidad personal a la Palabra de Cristo y de servicio o paciencia para con los hermanos, habiendo sido consagrado por el Bautismo, es destacado y favorecido por el voto.

En el momento actual, al revalorizar los distintos elementos de la vocación monástica, conviene reflexionar sobre su carácter explícitamente *estable*. Nuestro análisis del voto benedictino de estabilidad indica que se debe proceder con mucha cautela al revisar sus exigencias. Opuesto, como es, a muchos rasgos de la sociedad moderna, tiene, por este mismo hecho, un gran valor profético.

Este valor reside en que todo hombre recibe un llamado a la unión estable y eterna con su Creador. Lejos de ser monótona, una estabilidad tal, es la cima del progreso humano, la fuente de aguas vivas. El dinamismo de la vida cristiana no hace más que perfeccionarla por medio del amor. La vida monástica, a su vez, ofrece una forma determinada de permanecer en este amor, para llegar así, “con dilatado corazón e inenarrable dulzura de caridad”³⁶ a las entrañas del Reino de Dios.

*Nuestra Sra. de los Ángeles
Azul. Pcia. de Bs. As. Argentina*

³⁵ Es el sentido del v 49 del *Prólogo* de la *Regla*, que explica las palabras “magisterio” y “doctrinam” del v. 50.

³⁶ RB, *Prólogo*, v. 49.